

sin vida los ojos apagados de aquel que con su palabra y con un solo gesto suyo mueve todo lo que tiene vida»³⁷. Aquí se nos ha comunicado el amor «más grande», el que da la vida por sus amigos (cf. Jn 15, 13).

En este gran misterio, Jesús se manifiesta como la *Palabra de la Nueva y Eterna Alianza* de la libertad de Dios y la libertad del hombre se encuentran definitivamente en su carne crucificada, en un pacto indisoluble, válido para siempre. Jesús mismo, en la última cena, en la institución de la Eucaristía, había hablado de «Nueva y Eterna Alianza», establecida con el derramamiento de su sangre (cf. Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 20), mostrándose como el verdadero Cordero inmolado, en el cual se cumple la definitiva liberación de la esclavitud³⁸.

Este silencio de la Palabra se manifiesta en su sentido auténtico y definitivo en el misterio luminoso de la resurrección. Cristo, palabra de Dios encarnada, crucificada y resucitada es Señor de todas las cosas; él es el Vencedor, el Pantocrátor, y ha recapitulado en sí para siempre todas las cosas (cf. Ef 1, 10). Cristo, por tanto, es «la luz del mundo» (Jn 8, 12) y la luz que «brilla en la tiniebla» (Jn 1, 54) y que la tiniebla no ha derrotado (cf. Jn 1, 5). Aquí se comprende plenamente el sentido del Salmo 119: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (v. 105); la Palabra que resucita es esta luz definitiva en nuestro

37 MÁXIMO EL CONFESOR, *Vida de María*, 89: CSCO, 479, 77.

38 Cf. Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (2 febrero 2007), 9-10: AAS 99 (2007), 111-112.

10.77 a 1100 CIC *Ofrecimos y Xto al Padre*

camino. Los cristianos han sido conscientes desde el comienzo de que, en Cristo, la palabra de Dios está presente como Persona. La palabra de Dios es la luz verdadera que necesita el hombre. Sí, en la resurrección, el Hijo de Dios surge como luz del mundo. Ahora, viviendo con él y por él, podemos vivir en la luz.

En vos vemos nos miramos
✠ 13. Llegados, por decirlo así, al corazón de la «Cristología de la Palabra», es importante subrayar la unidad del designio divino en el Verbo encarnado. Por eso, el Nuevo Testamento, de acuerdo con las Sagradas Escrituras, nos presenta el misterio pascual como su más íntimo cumplimiento. San Pablo, en la *Primera carta a los corintios*, afirma que Jesucristo murió por nuestros pecados «según las Escrituras» (15, 3), y que resucitó al tercer día «según las Escrituras» (1 Cor 15, 4). Con esto, el Apóstol pone el acontecimiento de la muerte y resurrección del Señor en relación con la historia de la Antigua Alianza de Dios con su pueblo. Es más, nos permite entender que esta historia recibe de ello su lógica y su verdadero sentido. En el misterio pascual se cumplen «las palabras de la Escritura; o sea, esta muerte realizada “según las Escrituras” es un acontecimiento que contiene en sí un logos, una lógica: la muerte de Cristo atestigua que la palabra de Dios se hizo “carne”, “historia humana»³⁹. También la resurrección de Jesús tiene lugar «al tercer día según las Escritu-

39 *Audiencia General* (15 abril 2009): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (17 abril 2009), 15.

dogos en la muerte
y resurrección

ras»: ya que, según la interpretación judía, la corrupción comenzaba después del tercer día, la palabra de la Escritura se cumple en Jesús que resucita antes de que comience la corrupción. En este sentido, san Pablo, transmitiendo fielmente la enseñanza de los Apóstoles (cf. 1 Cor 15, 3), subraya que la victoria de Cristo sobre la muerte tiene lugar por el poder creador de la palabra de Dios. Esta fuerza divina da esperanza y gozo: es este en definitiva el contenido liberador de la revelación pascual. En la Pascua, Dios se revela a sí mismo y la potencia del amor trinitario aniquila las fuerzas destructoras del mal y de la muerte.

revelación
Teniendo presente estos elementos esenciales de nuestra fe, así podemos contemplar la profunda unidad en Cristo entre creación y nueva creación, y de toda la historia de la salvación. Por recurrir a una imagen, podemos comparar el cosmos a un «libro» —así decía Galileo Galilei— y considerarlo «como la obra de un Autor que se expresa mediante la «sinfonía» de la creación. Dentro de esta sinfonía se encuentra, en cierto momento, lo que en lenguaje musical se llamaría un «solo», un tema encomendado a un solo instrumento o a una sola voz, y es tan importante que de él depende el significado de toda la obra. Este «solo» es Jesús... El Hijo del hombre resume en sí la tierra y el cielo, la creación y el Creador, la carne y el Espíritu. Es el centro del cosmos y de la historia, porque en él se unen sin confundirse el Autor y su obra»⁴⁰.

40 Cf. *Homilía en la solemnidad de la Epifanía* (6 enero 2009):

Dimensión escatológica de la palabra de Dios

14. De este modo, la Iglesia expresa su conciencia de que Jesucristo es la palabra definitiva de Dios; él es «el primero y el último» (Apoc 1, 17). Él ha dado su sentido definitivo a la creación y a la historia; por eso, estamos llamados a vivir el tiempo, a habitar la creación de Dios dentro de este ritmo escatológico de la Palabra; «la economía cristiana, por ser la alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor (cf. 1 Tim 6, 14; Tit 2, 13)»⁴¹. En efecto, como han recordado los Padres durante el Sínodo, la «especificidad del cristianismo se manifiesta en el acontecimiento Jesucristo, culmen de la Revelación, cumplimiento de las promesas de Dios y mediador del encuentro entre el hombre y Dios. Él, que nos ha revelado a Dios (cf. Jn 1, 18), es la Palabra única y definitiva entregada a la humanidad»⁴². San Juan de la Cruz ha expresado admirablemente esta verdad: «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra... Porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado a Él todo, dándonos el todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios,

L'Osservatore Romano, ed. en lengua española (9 enero 2009), 7. 11.

41 CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 4.

42 *Propositio* 4.

o querer alguna visión o revelación, no solo haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sino queriendo otra cosa o novedad»⁴³.

Por consiguiente, el Sínodo ha recomendado «ayudar a los fieles a distinguir bien la palabra de Dios de las revelaciones privadas»⁴⁴, cuya función «no es la de “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia»⁴⁵. El valor de las revelaciones privadas es esencialmente diferente al de la única revelación pública: ésta exige nuestra fe; en ella, en efecto, a través de palabras humanas y de la mediación de la comunidad viva de la Iglesia, Dios mismo nos habla. El criterio de verdad de una revelación privada es su orientación con respecto a Cristo. Cuando nos aleja de Él, entonces no procede ciertamente del Espíritu Santo, que nos guía hacia el Evangelio y no hacia fuera. La revelación privada es una ayuda para esta fe y se manifiesta como creíble precisamente cuando remite a la única revelación pública. Por eso, la aprobación eclesial de una revelación privada indica, esencialmente, que su mensaje no contiene nada contrario a la fe y a las buenas costumbres; es lícito hacerlo público y los fieles pueden dar su asentimiento de forma prudente. Una revelación privada puede introducir nuevos acentos, dar lugar a nuevas formas de

43 *Subida del Monte Carmelo*, II, 22.

44 *Propositio* 47.

45 *Catecismo de la Iglesia Católica*, 67.

piEDAD o profundizar las antiguas. Puede tener un cierto carácter profético (cf. 1 Tes 5, 19-21) y prestar una ayuda válida para comprender y vivir mejor el Evangelio en el presente; de ahí que no se pueda descartar. Es una ayuda que se ofrece aunque no es obligatorio usarla. En cualquier caso, ha de ser un alimento de la fe, esperanza y caridad, que son para todos la vía permanente de la salvación⁴⁶.

La palabra de Dios y el Espíritu Santo

15. Después de habernos extendido sobre la palabra última y definitiva de Dios al mundo, es necesario referirse ahora a la misión del Espíritu Santo en relación con la Palabra divina. En efecto, no se comprende auténticamente la revelación cristiana sin tener en cuenta la acción del Paráclito. Esto tiene que ver con el hecho de que la comunicación que Dios hace de sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes Ireneo de Lyon llama precisamente «las dos manos del Padre»⁴⁷. Por lo demás, la Sagrada Escritura nos indica la presencia del Espíritu Santo en la historia de la salvación y, en particular, en la vida de Jesús, a quien la Virgen María concibió por obra del Espíritu Santo (cf. Mt 1, 18; Lc 1, 35); al comienzo de

46 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *El mensaje de Fátima* (26 junio 2000): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (30 junio 2000), 10.

47 *Adversus haereses*, IV, 7, 4: PG 7, 992-993; V, 1, 3: PG 7, 1123; V, 6, 1: PG 7, 1137; V, 28, 4: PG 7, 1200.

su misión pública, en la orilla del Jordán, lo ve que descende sobre sí en forma de paloma (cf. Mt 3, 16); Jesús actúa, habla y exulta en este mismo Espíritu (cf. Lc 10, 21); y se ofrece a sí mismo en el Espíritu (cf. Heb 9, 14). Cuando estaba terminando su misión, según el relato del evangelista Juan, Jesús mismo pone en clara relación el don de su vida con el envío del Espíritu a los suyos (cf. Jn 16, 7). Después, Jesús resucitado, llevando en su carne los signos de la pasión, infundió el Espíritu (cf. Jn 20, 22), haciendo a los suyos partícipes de su propia misión (cf. Jn 20, 21). El Espíritu Santo enseñará a los discípulos y les recordará todo lo que Cristo ha dicho (cf. Jn 14, 26), puesto que será Él el Espíritu de la Verdad (cf. Jn 15, 26), quien llevará los discípulos a la Verdad entera (cf. Jn 16, 13). Por último, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu descende sobre los Doce, reunidos en oración con María el día de Pentecostés (cf. 2, 1-4) y les anima a la misión de anunciar a todos los pueblos la Buena Nueva⁴⁸.

La palabra de Dios, pues, se expresa con palabras humanas gracias a la obra del Espíritu Santo. La misión del Hijo y la del Espíritu Santo son inseparables y constituyen una única economía de la salvación. El mismo Espíritu que actúa en la encarnación del Verbo, en el seno de la Virgen María, es el mismo que guía a Jesús a lo largo de toda su misión y que será prometido a los discípulos. El mismo Espíritu,

48 Cf. Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 12: AAS 99 (2007), 113-114.

La acc. del Est. en la vida de Jesús.
que habló por los profetas, sostiene e inspira a la Iglesia en la tarea de anunciar la palabra de Dios y en la predicación de los Apóstoles; es el mismo Espíritu, finalmente, quien inspira a los autores de las Sagradas Escrituras.

16. Conscientes de este horizonte pneumatológico, los Padres sinodales han querido señalar la importancia de la acción del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y en el corazón de los creyentes en su relación con la Sagrada Escritura⁴⁹. Sin la acción eficaz del «Espíritu de la Verdad» (Jn 14, 16) no se pueden comprender las palabras del Señor. Como recuerda san Ireneo: «Los que no participan del Espíritu no obtienen del pecho de su madre (la Iglesia) el nutrimento de la vida, no reciben nada de la fuente más pura que brota del cuerpo de Cristo»⁵⁰. Puesto que la palabra de Dios llega a nosotros en el cuerpo de Cristo, en el cuerpo eucarístico y en el cuerpo de las Escrituras, mediante la acción del Espíritu Santo, solo puede ser acogida y comprendida verdaderamente gracias al mismo Espíritu.

Los grandes escritores de la tradición cristiana consideran unánimemente la función del Espíritu Santo en la relación de los creyentes con las Escrituras. San Juan Crisóstomo afirma que la Escritura «necesita de la revelación del Espíritu para que, descubriendo el verdadero sentido de las cosas que allí se encuentran encerradas, obtengamos un provecho

49 Cf. *Propositio* 5.

50 *Adversus haereses*, III 24,1: PG 7, 966.

abundante»⁵¹. También san Jerónimo está firmemente convencido de que «no podemos llegar a comprender la Escritura sin la ayuda del Espíritu Santo que la ha inspirado»⁵². San Gregorio Magno, por otra parte, subraya de modo sugestivo la obra del mismo Espíritu en la formación e interpretación de la Biblia: «Él mismo ha creado las palabras de los santos testamentos, él mismo las desvela»⁵³. Ricardo de San Víctor recuerda que se necesitan «ojos de paloma», iluminados e ilustrados por el Espíritu, para comprender el texto sagrado⁵⁴.

Quisiera subrayar también, con respecto a la relación entre el Espíritu Santo y la Escritura, el testimonio significativo que encontramos en los textos litúrgicos, donde la palabra de Dios es proclamada, escuchada y explicada a los fieles. Se trata de antiguas oraciones que en forma de epiclesis invocan al Espíritu antes de la proclamación de las lecturas: «Envía tu Espíritu Santo Paráclito sobre nuestras almas y haznos comprender las Escrituras inspiradas por él; y a mí concédeme interpretarlas de manera digna, para que los fieles aquí reunidos saquen provecho». Del mismo modo, encontramos oraciones al final de la homilía que invocan a Dios pidiendo el don del Espíritu sobre los

51 *Homiliae in Genesim*, 22: PG 53, 175.

52 *Epistula* 120, 10: CSEL 55, 500-5006.

53 *Homiliae in Ezechielem*, 1: 7, 17: CC 142, p. 94.

54 «Oculi ergo devotae animae sunt columbarum quia sensus eius per Spiritum sanctum sunt illuminati et edocti, spiritualiter sapientes... Nunc quidem aperitur animae talis sensus, ut intellegat Scripturas»: RICARDO DE SAN VÍCTOR, *Explicatio in Cantica canticorum*, 15: PL 196, 450 B. D.

fieles: «Dios salvador... te imploramos en favor de este pueblo: envía sobre él el Espíritu Santo; el señor Jesús lo visite, hable a las mentes de todos y disponga los corazones para la fe y conduzca nuestras almas hacia ti, Dios de las Misericordias»⁵⁵. De aquí resulta con claridad que no se puede comprender el sentido de la Palabra si no se tiene en cuenta la acción del Paráclito en la Iglesia y en los corazones de los creyentes.

Tradición y Escritura

17. Al reafirmar el vínculo profundo entre el Espíritu Santo y la palabra de Dios, hemos sentado también las bases para comprender el sentido y el valor decisivo de la Tradición viva y de las Sagradas Escrituras en la Iglesia. En efecto, puesto que «tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único» (Jn 3, 16), la Palabra divina, pronunciada en el tiempo, fue dada y «entregada» a la Iglesia de modo definitivo, de tal manera que el anuncio de la salvación se comunique eficazmente siempre y en todas partes. Como nos recuerda la Constitución dogmática *Dei Verbum*, Jesucristo mismo «mandó a los Apóstoles predicar a todos los hombres el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos: el Evangelio prometido por los profetas, que Él mismo

55 *Sacramentarium Serapionis II (XX)*: *Didascalia et Constitutiones apostolorum*, ed. F.X. FUNK, II, Paderborn 1906, p. 161.